

39. Dícenle: “*Nosotros tenemos por padre a Abraham*”. Díceles Jesús: “*Si tuvierais por padre a Abraham, haríais sus obras. 40. Mas ahora tratáis de matarme*”. Continuamente les revuelve en este lugar su ánimo homicida y hace mención de Abraham; y hácelo así, queriendo apartarles del pensamiento de tal parentesco y quitarles tan superflua jactancia y persuadirles a no tener la esperanza de su salvación en él, ni en el parentesco de la naturaleza, sino del espíritu. Porque esto era lo que los impedía acercarse a Cristo, el creer que aquel parentesco les bastaba para salvarse. Y ¿qué verdad dice?— Que es igual al Padre. Pues por eso trataban los judíos de quitarle la vida, y les dice: *Tratáis de matarme, porque os he dicho la verdad, que oí de mi Padre*. Demostrando que esto no es contrario al Padre, de nuevo acude a El. 41. Dícenle: “*Nosotros no nacimos de fornicación: un padre tenemos, que es Dios. ¿Qué decís? ¿Vosotros tenéis por padre a Dios, y acusáis a Cristo que lo dice de sí mismo? ¿No ves por aquí cómo (Cristo) llamaba Padre a Dios de un modo más especial?*”

Así, pues, ya que los había sacado fuera del parentesco de Abraham, no teniendo ellos que responder, todavía intentan otra cosa mayor, recurriendo a Dios. Más también de este honor los despoja, diciendo: 42. *Si Dios fuese vuestro padre, ciertamente me amaríais, porque Yo salí de Dios y vengo de El; no vine de Mí mismo, sino que El me envió. 43. ¿Por qué no conocéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. 44. Vosotros sois (hijos) de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad. Cuando habla mentira, de suyo habla*. Habíalos excluido del parentesco de Abraham; y porque se atrevieron a más, entonces descarga el golpe, diciendo que no sólo no venían de Abraham, sino que venían del diablo, haciéndoles una herida correspondiente a su desvergüenza; ni se lo dice sin prueba, sino alegando argumentos. Porque el matar, dice, es propio de su malicia; y no les dijo sin más: *Hacéis las obras, sino los deseos de él*, declarando con cuánto ahínco estaban dedicados a matar, tanto él como ellos, y que la causa era la envidia. En efecto: nada tenía el diablo contra Adán, y sólo por envidia le perdió. Esto es, pues, lo que en este lugar se da a entender. *Y no permaneció en la verdad*, esto es, en la vida recta. Como a la continua le estaban acusando que no venía de Dios, díceles que también esta acusación pro-

cede de la misma raíz. Porque el diablo fue el primero que engendró la mentira, al decir: *En el día en que comiereis, se abrirán vuestros ojos* (Gén., III, 5). Y él fue el primero en hacer uso de ella. Los hombres no la usan como cosa propia, sino como ajena: él como propia.

45. *Mas porque Yo digo la verdad, no me creéis.* ¿Qué consecuencia es esa? Sin tener de qué tacharme, queréis quitarme la vida. Porque como sois enemigos de la verdad, por eso me perseguís. Si así no es, alegad la acusación. Por eso continúa: 46. *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* De suerte que ellos decían: *Nosotros no nacimos de fornicación;* y aunque muchos habían nacido de fornicación, pues había uniones ilegítimas, nada de eso les reprende, sino que insiste en aquello. Porque había demostrado que no eran hijos de Dios, sino del diablo (pues el matar es diabólico y diabólico el mentir, y ambas cosas hacéis vosotros); por lo mismo declara también que el amar es la señal de ser de Dios.

VI

43. *¿Por qué no conocéis mi lenguaje?* Como siempre estaban dudando, y le decían: *¿Qué significa lo que dice: Adonde Yo voy, vosotros no podéis venir?* por eso les dice: *No conocéis mi lenguaje, porque no conocéis la palabra de Dios.* Y esto os viene de que tenéis el ánimo muy rastrero, y mis cosas son mucho más elevadas. ¿Y qué, si *no podían* entender? Aquí el no poder es no querer, a saber: porque os enseñasteis a ser tan bajos, y no imagináis cosa grande. Pues ya que decían que le perseguían como celosos de la honra de Dios, por eso en todas partes trata de hacer ver que el perseguirle es obra de quienes aborrecen a Dios. Y al contrario, el amarle, de quienes conocen a Dios. *Un padre tenemos, que es Dios.* Por este concepto se glorían, por la honra, no por las buenas obras. No es prueba, les dice, de que yo sea ajeno de Dios el que vosotros no creáis; antes al contrario, vuestra incredulidad es señal de que no conocéis a Dios. Y la causa es el querer ser mentirosos y hacer las obras del diablo. Y esto proviene de la bajeza del alma, como lo dice el Apóstol: *Habiendo ente vosotros contienda y emulación, ¿no es verdad que sois carnales?* ¿Y por qué no podéis? Porque *queréis* cumplir, esto es, ponéis empeño en ello, os esforzáis por hacer los *deseos de vuestro padre.*

¿Ves cómo aquel *no podéis* significa el no querer?

Abraham no hizo eso. Pues ¿cuáles son las obras de Abraham? La mansedumbre, la modestia, la servicialidad. Vosotros (dice) estáis en el extremo contrario pues sois inhumanos y crueles. Mas ¿de dónde les vino la idea de acudir a Dios? De que había probado que eran indignos de Abraham. Y así queriendo evitar esto, subieron a otra cosa mayor. Pues como les había echado en cara el homicidio, dicen esto como para defenderse, alegando que lo hacen por vengar a Dios. Así, pues, El les prueba que esa misma era obra en que contrariaban a Dios. Y aquella palabra *salí* (v. 42) declara que El provenía de Dios. Y dice *salí*, dando a entender su venida a nosotros. Y como era natural que le dijeran: “Cosas extrañas y peregrinas nos estás diciéndolo”, les asegura que viene de Dios. Así pues, con razón no las oís vosotros, les dice, pues venís del diablo. En efecto, ¿por qué me queréis matar? ¿Qué tenéis que reprenderme? Y si nada tenéis, ¿por qué no me creéis? Probado, pues, de esta manera, por la mentira y por el homicidio, que venían del diablo, probó también que eran ajenos de Abraham y de Dios, ya porque aborrecían a quien no había cometido culpa alguna, ya porque no oían su palabra. Porque el que no había cometido pecado; el que decía que venía de Dios, y era enviado por El; el que decía la verdad y de tal manera la decía, que a todos desafiaba a argüirle de mentira, este tal, si no era creído, claro es que no lo era sino por ser ellos hombres carnales. Sabía El, bien sabía que los pecados hacen el ánimo ruin. Por eso dice (la Escritura): *Habéis llegado a ser débiles para oír* (Hebr., V, 11). Y, en efecto, si no puede uno despreciar las cosas de la tierra, ¿cómo podrá filosofar sobre las del cielo?

VII

Ruégoos, por lo tanto, que no dejemos cosa por hacer a fin de enderezar nuestra vida, de purificar nuestra alma, de remover toda mancha que nos pueda ser de estorbo. Encended en vosotros la luz del conocimiento, y no sembréis sobre espinas. Porque quien no entiende que es mala la avaricia, ¿cómo verá lo que es más? ¿El que de estas cosas no se desposee, cómo se adherirá a las otras? Bueno es arrebatar, mas no lo que parece, sino el reino de los cielos. *Los violentos, dice, le arrebatan* (Matth., XCI, 12). No es, pues, posible alcanzarlo

con pereza, sino con esfuerzo. ¿Qué significa *violentos*? Que hace falta mucha violencia —pues el camino es estrecho— y alma juvenil y generosa. Los que arrebatan quieren adelantarse a todos, a nada atienden, ni a la condena, ni a la acusación, ni al suplicio; no tienen más que una idea que los domina, apoderarse de lo que quieren arrebatar, y dejan atrás a los que tienen delante. Arrebatemos, pues, el reino de los cielos. Que aquí el arrebatar no es vituperio, sino alabanza; antes el oprobio está en no arrebatar. Aquí nuestra riqueza no se hace a costa del daño ajeno. Esforcémonos, pues, en arrebatarlo. Si nos molesta la ira, si nos aprieta la concupiscencia, violentemos la naturaleza; hagámonos más mansos; fatiguémonos un poco, para que reposemos para siempre. No arrebatemos el oro; arrebatamos aquellas riquezas que hacen tener el oro por barro. Porque dime: si tuvieras delante plomo y oro, ¿qué arrebatarías? ¿no es claro que el oro? ¿De manera que donde el arrebatar se castiga, das preferencia a lo mejor; y allí donde el arrebatar se premia, desprecias lo más precioso? Si en ambos casos se castigara, ¿no obrarías de este modo? Mas aquí nada de eso sucede, sino que se da la bienaventuranza.

Y ¿cómo, dirás, se puede arrebatar?— Arroja lo que tienes en las manos. Que mientras tengas esas cosas (temporales) no podrás arrebatar aquellas otras (las eternas). Figúrate a un hombre con las manos llenas de plata: ¿podrá, mientras la retenga en ellas, arrebatar el oro, si primero no lo arroja y queda desembarazado? El que arrebatamos conviene que esté bien ceñido y expedito para que no sea apresado. Porque alrededor de nosotros corren las potestades contrarias, para hacernos su presa. Huyamos de ellas, huyamos; no les dejemos ningún asidero por de fuera. Cortemos las cuerdas, quedemos desnudos de las cosas temporales. ¿Qué falta nos hacen los vestidos de seda? ¿Hasta cuándo hemos de estar envueltos en cosas tan ridículas? ¿Hasta cuándo hemos de estar desenterrando oro? Bien quisiera acabar de una vez esta mi perpetua queja. Pero no me dejáis vosotros, dándome siempre ocasión y materia de hablar. Siquiera ahora desistamos, para que, enseñando a otros por medio de nuestra vida, obtengamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LV

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. VIII, v. 48. Respondieron, pues, los judíos y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?" 49. Respondió Jesús: "Yo no tengo demonio, mas honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. 50. Mas Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.

51. "En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá la muerte para siempre".

52. Dijéronle, pues, los judíos: "Ahora conocemos que tienes demonio. ¿Abraham murió y también los profetas, y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no gustará la muerte para siempre? 53. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas también murieron? ¿Quién te haces a ti mismo?"

54. Respondió Jesús: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, 55. y no le conocéis; mas Yo le conozco, y si dijere que no le conozco, seré como vosotros mentiroso, mas le conozco y guardo su palabra.

56. "Abraham, vuestro padre, saltó de gozo, por ver mi día; le vio y se regocijó". 57. Y los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto a Abraham? 58. Díjoles Jesús: "En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abraham fuese, Yo soy".

59. Tomaron entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió y salió del templo.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Desvergüenza de los judíos (v. 48). Mansedumbre de Jesucristo, en que nos enseña a no irritarnos por nuestros ultrajes, sin sólo por los inferidos a Dios, como El lo hizo (v. 49).

II. Expone los vv. 50-54. Jesucristo descubre su dignidad. Invoca el testimonio del Padre.

III. Objeción contra el v. 54, que se deshace con la misma explicación de su sentido. Las obras dan testimonio de Cristo (vv. 54, 55).

IV. Diferencia de los judíos y de Abraham (v. 56). Cristo afirma su divinidad.

V. Cristo huye, y sana a un ciego, dando con las obras nuevas pruebas de su divinidad. ¿Por qué no destruyó a aquellos judíos? Porque ni aun así se hubieran rendido sus corazones. El alma en pecado se hace insensible.

VI. Trabajemos por nuestra salvación y evitemos la envidia. Maldad de este vicio.

I

Cap. VIII, v. 48. Respondieron, pues, los judíos y le dijeron: "¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demo-

nio?" 49. Respondió Jesús: "Yo no tengo demonio, mas honro a mi Padre".

Desvergonzada y petulante es la malicia, y cuando debiera cubrirse de vergüenza, entonces se embravece más; y así sucedió con los judíos. Cuando debieran compungirse por las cosas dichas (por el Salvador) y admirar su libertad y la consecuencia de sus palabras, le afrentan llamándole samaritano y endemoniado, y dicen: *¿No decíamos bien nosotros que tú eres samaritano y tienes demonio?* Porque cuando había dicho algo sublime, ellos en el colmo de su insensatez lo tenían por locura. Aunque en ninguna otra parte dice antes el Evangelista que le llamaran samaritano, mas por este lugar se echa de ver que muchas veces le habían apellidado de este modo. *Demonio tienes*, dicen. Pero ¿quién es el que tiene demonio, el que honra a Dios o el que afrenta a quien le honra? Así, pues, ¿qué responde Cristo, la misma mansedumbre, la misma modestia? *Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre*, que me envió. Allí donde convenía enseñarles y abatir su mucha arrogancia, y darles una lección para que no se jactaran de venir de Abraham, se mostraba terrible; allí donde convenía tolerar los ultrajes, usaba de mucha mansedumbre.

Así es que, cuando decían: "Tenemos por padre a Dios y a Abraham", duramente los reprendía; mas cuando le llamaban endemoniado, responde con indulgencia; enseñándonos a castigar las cosas que son contra Dios, y a no hacer caso de las que son contra nosotros.

II

50. *Yo no busco mi gloria*. Yo, dice, os he dicho estas cosas, demostrando que no os pertenece llamar a Dios vuestro Padre, siendo como sois homicidas. De suerte que he hablado de este modo sólo en atención a su honra, y por causa de El oigo estas cosas, y por causa de El me deshonráis. Pero nada me importa de este ultraje: pues habéis de dar cuenta de lo que habéis dicho a Aquel por quien estas cosas oigo ahora. *Yo no busco mi gloria*. Por eso, dejando a un lado la venganza, me vuelvo a la exhortación, y os aconsejo que hagáis aquellas cosas por las cuales no sólo evitaréis el suplicio, sino que alcanzaréis también la vida eterna. 51. *En verdad, en verdad os digo: si alguno guardare mi palabra, no verá la muerte para siempre*. Aquí no habla sólo de la fe, sino también de la vida pura. Arriba decía: *Tendrá vida eterna*, aquí dice: *No verá la muerte*; y al mismo tiempo

da a entender, que nada puede hacer contra El. Porque si el que guarda su palabra no morirá, mucho menos El mismo. Así, en efecto, lo comprendieron ellos, y le dicen: 52. *Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas también murieron*; esto es, ¿lo que oyeron la palabra de Dios, murieron, y los que hubieren oído la tuya no morirán? 53. *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?* ¡Oh, jactancia! De nuevo se acogen a su parentesco. Pues lo consecuente era decir: *¿Por ventura eres tú mayor que Dios?* ¿o los que te oyeren a ti, mayores que Abraham? Mas no hablan así, porque le tenían aún por menor que Abraham. Así, pues, en primer lugar demostró que eran homicidas, con lo cual los separó del parentesco; pero como persistieran, intenta lo mismo por otro camino, haciendo ver que trabajan en vano; y si bien nada les dijo ni descubrió de la muerte, ni les manifestó de qué muerte hablaba, entretanto les persuade que es mayor que Abraham, para avergonzarlos también de este modo. Aunque fuera yo un cualquiera, viene a decirles, no debería morir, no habiendo cometido injusticia alguna; pero toda vez que digo la verdad, y no tengo pecado alguno, y soy enviado de Dios, y mayor que Abraham, ¿cómo no ha de ser locura y empeño insensato el vuestro de maquinara para quitarme de en medio? ¿Y qué responden ellos? *Ahora conocemos que tiene demonio.*

Bien de otro modo respondió la samaritana; pues no le dijo: *Tienes demonio*, sino tan sólo: *¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Jacob?* Estos eran ultrajadores arrogantes; aquella quería aprender, y por eso dudó, y respondió con la conveniente modestia, y le llamó Señor. A quien anunciaba cosas mucho mayores y era tan fidedigno, no era razón ultrajarle, sino más bien admirarle; pero ellos le llaman endemoniado. La samaritana hablaba como quien dudaba; éstos, como incrédulos y perversos. *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham?* De suerte que esto le hace mayor que Abraham. Y cuando le viereis levantado en alto, confesaréis que es mayor. Por eso decía: *Cuando me hubiereis levantado en alto, entonces conoceréis que Yo soy.* Considera su prudencia. En primer lugar, después de haberlos separado del parentesco (de Abraham), se muestra a sí mismo mayor que él, para que con mucho exceso apareciera también mayor que los profetas. Pues como siempre le apellidaban profeta, por eso les decía: *Mi palabra no cabe en vosotros* (v. 37). Allí decía que sí que resucita los muertos; aquí dice que el que cree no verá la muerte; lo cual era mucho más que el no permitir fueran retenidos por la muerte: por eso ellos se enfurecían más. Y ¿qué le dicen? *¿Quién te hace a tí mismo?*

Palabras, pro cierto, afrentosas; pues era decir: Tú te vendes por lo que no eres. A lo cual responde Cristo: *54. Si Yo me glorifico a Mí mismo, mi gloria nada es.*

III

¿Qué dicen aquí los herejes?— “Oyó: *¿Eres por ventura mayor que nuestro padre Abraham?* Y no se atrevió a decirles con claridad: Sí, lo soy, sino que lo hizo con obscuridad”. ¿Cómo así? Luego, *¿su gloria nada es?*— Para ellos nada es. Así como también dice: *Mi testimonio no es verdadero*, es, decir, en la opinión de ellos, así también aquí dice: *Hay quien me glorifica*. Y ¿por qué no dijo, como arriba, *el Padre que me envió, sino el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis?* Porque quería hacer ver que no sólo no le conocían como a Padre, pero ni aun como a Dios. *Mas Yo le conozco*. De manera que no es en Mí arrogancia el decir *Yo le conozco*, antes el decir lo contrario sería mentira; y , en cambio, vosotros mentís cuando decís que le conocéis. De la manera, pues que vosotros sois mentirosos diciendo que le conocéis, así lo sería Yo si dijera que no le conozco.

Si yo me glorifico a Mí mismo. Como le decían: *¿Quién te haces a ti mismo?*, responde: *Si Yo me hago, mi gloria nada es*. De la manera, pues, que Yo le conozco perfectamente, así vosotros le desconocéis. Y así como tratando de Abraham no les quitó todo, sino que les dijo: “Bien se que sois del linaje de Abraham”, para agravar de este modo la acusación contra ellos: así aquí tampoco les quitó absolutamente todo, sino ¿qué? *El que vosotros decís*. Concediéndoles la jactancia de sus palabras, hizo mayor la acusación. Y ¿cómo es verdad que no lo conocéis? Porque ultrajáis al que, en calidad de Enviado suyo, todo lo que dice y hace lo encamina a que El sea glorificado. Y si de esto no hay testimonio, a mano está para probarlo lo que sigue: *55. Y guardo su palabra*. Aquí es donde pudieran echárselo en cara, si algo tuvieran: pues esta era la mayor prueba de que había sido enviado por El.

IV

56. Abraham, vuestro padre, saltó de gozo por ver mi día; le vio y se regocijó. De nuevo demuestra que son ajenos de él, pues de lo que

él se alegró ellos se entristecen. *El día* me parece a mí que se refiere al día de la Cruz, que él había prefigurado en el sacrificio del carnero y de Isaac. Y ellos ¿qué responden? 57. *¿Aún no tienes cuarenta* ¹⁸ *años y has visto a Abraham?* De suerte que ya Cristo estaba cerca de los cuarenta años. Díceles: *Antes de que Abraham fuese hecho, Yo soy.* 59. *Y cogieron piedras para arrojarlas.* ¿Ves cómo probó que era mayor que Abraham? Porque quien se regocijaba por ver el día, y lo tenía por cosa tan deseable, es claro que lo hacía por considerarlo como un beneficio, y como cosa de quien era mayor. Y es que como ellos le llamaban *el hijo del artesano* (Matth., XIII, 55), y no se imaginaban de El cosa mayor, poco los va llevando a una idea más levantada. Y así fue que, cuando oyeron *No conocéis a Dios*, no lo llevaron a mal; mas cuando oyeron: *Antes de que Abraham fuera hecho, Yo soy*; como si quedara humillada su nobleza, se enfurecieron y tiraron piedras. *Vio mi día y se regocijó.* con esto da a entender que no va involuntariamente a la pasión, pues alaba al que se gozó en la cruz. Pues ella era la salvación del mundo. Mas ellos tiraron piedras (v. 59); tan dispuestos estaban al asesinato; y lo hacían por sí mismos, sin pararse a examinar nada.

Y ¿por qué no dijo: *Antes de que Abraham fuera hecho, Yo era*, sino *Yo soy*? Así como el Padre usó de esta misma expresión *Soy*, así la usa también El. Porque ella significa el ser perpetuamente, libre de todo tiempo; y por eso a ellos les pareció palabra blasfema. Y si no toleraron su comparación con Abraham, con ser tan poco; si se hubiera constantemente mostrado igual al Padre, ¿acaso hubieran desistido de impugnarle?

V

Después de esto huye y se esconde a lo humano, después de haberles dado suficiente doctrina; y una vez cumplido lo que era de su parte, salióse del templo (v. 59), y retiróse a curar al ciego, dando con las obras testimonio de que era más que Abraham.

Pero quizás dirá alguno: ¿Por qué no destruyó la fuerza de ellos, y quizá entonces le hubieran creído?— Curó al paralítico, y no le creyeron; hizo mil otros milagros, en la misma Pasión los derribó de espaldas, y entenebreció sus ojos, y no le creyeron: ¿cómo habían de creer ahora, si les hubiera enervado las fuerzas? No hay cosa peor que un

alma obstinada y sin esperanza; aunque vea milagros, aunque vea prodigios, persiste inmóvil en su descaro. Así Faraón, por innumerables plagas que vinieron sobre él, sólo entraba dentro de sí cuando era castigado, y hasta el último día permaneció el mismo, persiguiendo a los que había dejado libres. Por eso de una y mil maneras repite San Pablo: *No se endurezca alguno de vosotros con el engaño del pecado* (Hebr., III, 8). Porque así como los nervios del cuerpo llegan a extinguirse y pierden toda la sensibilidad, así también el alma, cuando se ve aprisionada por muchas pasiones, muere para la virtud. Cualquiera cosa que la apliques, no la siente; aunque la amenaces con castigos u otra pena, permanece insensible.

VI

Suplícóos, por tanto, que mientras tenemos esperanzas de salvación, mientras nos podemos convertir, nada dejemos de hacer. Porque los que se hacen insensibles, a manera de pilotos desesperados que, dejando la nave a merced de los vientos, nada trabajan de su parte, no hacen tampoco ellos otra cosa sino dejarse llevar. El envidioso no tiene otra mira sino la de hartar su pasión; aunque haya de ser castigado, aunque haya de ser muerto, es sólo siervo de la pasión; lo mismo es el impuro y el avaro. Pero si tanta es la violencia de las pasiones, mayor debe ser la de la virtud. Si por aquellas despreciamos la muerte, mucho más por éstas. Si ellos desprecian su propia vida, mucho más debemos nosotros hacerlo por nuestra salvación. ¿Qué defensa tendremos si, mientras los que se pierden tanto se empeñan en su misma perdición, nosotros no mostramos ni siquiera el mismo empeño por nuestra salvación, sino que siempre permanecemos consumidos por la envidia? No hay cosa peor que la envidia; por perder a otro, el envidioso se pierde a sí mismo. El ojo del envidioso se pudre de tristeza, vive en muerte continua, a todos tiene por enemigos, aunque no le hayan hecho daño alguno. Se entristece de que Dios es honrado, se alegra de lo que se alegra Satanás. ¿Es uno honrado de los hombres?— Esa no es honra, no lo envidies. ¿Es honrado por Dios?— Imítale, y hazte igual a él. ¿No quieres hacerlo?— Pero entonces, ¿por qué te has de perder a ti mismo? ¿Por qué arrojas de ti aun lo que tienes? ¿Que no puedes hacerte igual a él, ni abrazar lo bueno?— ¿Pero por qué abrazas lo malo? Lo que debieras hacer es alegrarte con él,

para que, ya que no puedes tener parte en sus trabajos, a lo menos por alegrarte con él saques provecho. Pues ello es así, que muchas veces basta el propósito sólo para hacer una obra muy buena. Y, en efecto, Ezequiel (XXXV, 15) dice que los moabitas fueron castigados por alegrarse de los males de los israelitas; y que otros fueron salvos por llorar los males ajenos. Y si los que lloran por los males de otros tienen algún consuelo, mucho más lo tendrán los que se regocijan en las honras ajenas. Reprendía a los moabitas porque se alegraban del castigo de los israelitas; y eso que Dios era quien los castigaba; mas aunque sea El quien castiga, no quiere que nos gocemos del castigo ajeno; pues tampoco El quiere de suyo castigarlos. Y si conviene entristecernos con los que son castigados, mucho más conviene no envidiar a los que son honrados. Así es como perecieron Coré y Datán con los suyos, haciendo más ilustres a aquellos a quienes envidiaron, y acarreando el suplicio sobre sus propias cabezas. Fiera venenosa es la envidia; fiero impura, malicia de la voluntad que no tiene perdón, perversidad que no tiene excusa, causa y madre de todos los males. Por lo cual, arranquémosla de raíz, para que nos libremos de los males de esta vida y obtengamos los bienes de la venidera, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LX

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. X, v. 14. Yo soy el buen Pastor, y conozco las (ovejas) mías, y las mías me conocen a Mí. 15. Como el Padre me conoce a Mí, también Yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas.

16. Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, y también ellas es menester que Yo las traiga, y oirán mi voz, y se hará una sola manada, un sólo pastor.

17. Por eso me ama el Padre, porque Yo doy mi vida, para volverla a tomar. 18. Ninguno me la quita: sino que Yo la doy de Mí mismo; potestad tengo para darla, y potestad tengo para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

19. Surgió de nuevo disensión entre los judíos a causa de estas razones. 20. Así que muchos de ellos decían: "Demonio tiene y está loco: ¿a qué le oís?" 21. Otros decían: "Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?"

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

- I. Diferencia del buen Pastor y del mercenario: v. 14, 15.
 - II. Expónese el v. 10: Dar la vida por las ovejas es el mejor distintivo del buen Pastor.
 - III. Explicación de los vv. 16, 17. Jesucristo va voluntariamente a la muerte. Su potestad de morir o no morir, v. 18.
 - IV. Disensión de los judíos después de las palabras de Cristo: vv. 19, 20, 21. Mansedumbre del Señor.
 - V. Parte moral. Exhortación a ser mansos y misericordiosos. La mansedumbre nacerá en nosotros de considerar los propios pecados y el castigo que nos amenaza. El Señor nos amenaza también, si no tenemos misericordia.
 - VI. Debemos ejercitar la misericordia, no un día o dos, sino toda la vida. Las vírgenes necias tuvieron aceite en sus lámparas, mas no el suficiente.
 - VII. Pondera las palabras: *Enfermo estaba, y no me visitasteis; encarcelado, y no vinisteis a Mí*, y exhorta a visitar los presos. Utilidades que se siguen de este ejercicio de caridad.
 - VIII. No vale la excusa de no poderlos socorrer: basta que los consolemos de palabra.— Ni hace al caso que no sean buenos; pues no se nos manda hacer misericordia a los buenos tan sólo. Además entre los presos fácilmente se hallan algunos buenos y aún muy buenos.— Jesucristo recibía bien a los pecadores.
 - IX. ¿Son acaso buenos todos los que andan por la ciudad? ¿Somos buenos nosotros?— Y ¿qué fuimos antes?— Dios vino a nosotros viéndonos encarcelados; hagamos que el prójimo lo que Dios hizo por nosotros. Más meritorio es hacer bien a los abyectos y despreciables.
- Conclusión, exhortando a esta obra de caridad.

I

Cap. X, v. 14. Yo soy el buen Pastor, y conozco las (ovejas) mías y las mías me conocen a Mí. 15. Como el Padre me conoce a Mí, también Yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas.

Grave, amados hijos, grave cosa es la prelación en la Iglesia, y exige mucha virtud y tal fortaleza, cual Cristo dijo, que ponga la vida por las ovejas, que nunca las abandone solas e indefensas, que haga frente al lobo con valor. En esto se diferencia el pastor del mercenario. El uno busca dondequiera su propio bien, descuidando el de sus ovejas; el otro busca siempre el bien de sus ovejas, sin hacer caso del propio.

Declaradas, pues, las señales del buen Pastor, designa dos destructores: uno, el ladrón que mata y roba; otro, que nada de esto hace, pero que, cuando está sucediendo, no aparta al ladrón ni le impide; aludiendo en lo primero a Teudas, y sacando a la vergüenza en lo segundo a los doctores de los judíos, que para nada se cuidaban de las ovejas a ellos encomendadas. Ya antes se lo echaba en cara Ezequiel, diciendo: *¡Oh!, los pastores de Israel! ¿Acaso no se apacientan a sí mismos? ¿Pues no suelen los pastores apacentar a las ovejas?*" (Ezech., XXXIV, 2). Mas ellos hacían lo contrario, que es especie de maldad suma y causa de todas las demás. Por eso dice: "Ni volvían a la grey la oveja errante, ni buscaban la perdida, ni ligaban la quebrada, ni curaban la enferma, ya que se apacentaban a sí mismos, y no a las ovejas (Ib., v. 4). Lo mismo dijo también con otras palabras San Pablo: *Todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo* (Philip., II, 21). Y de nuevo: *Nadie busque lo suyo, sino cada uno lo del prójimo* (1 Cor., X, 24).

De entrambas clases de hombres se muestra diferente Cristo: de los que vienen a destruir, cuando dice: *Para eso vine, para que tengan vida, y la tengan abundante* (Joan., X, 10); de los que no hacen caso de ver a las ovejas arrebatadas del lobo, con no abandonarlas, antes dar su vida por ellas para que no perezcan. Pues como tratasen de matarle, ni mudó de doctrina ni hizo traición a los creyentes, antes persistió y escogió la muerte. Por eso una vez y muchas decía: *Yo soy el buen Pastor*.

II

A continuación, como las palabras parecían carecer de testimonio que las confirmase, pues lo que dijo: *Doy mi vida*, quedó confirmado poco después, y aquello otro: *Para que tengan vida y la tengan pujante*, había de suceder después de su partida de este mundo, en el siglo

venidero, ¿qué hace?— Confirma lo uno por lo otro: sufriendo la muerte, confirma que les da la vida. Lo cual decía también San Pablo: *Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, una vez de reconciliados, seremos salvos!* (Rom., V, 10). Y de nuevo en otra parte: *Por cierto, quien al propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo con El no nos dará graciosamente todas las cosas?* (Rom., VIII, 32).

Pero ¿por qué ahora no le echan en cara lo que antes, diciendo: *tú das testimonio acerca de ti mismo, tu testimonio no es verdadero?* (Joan., VIII, 13).— Porque muchas veces los había obligado a enmudecer, y tenía mayor libertad contra ellos a causa de los milagros. Además, como había dicho más arriba: *Y las ovejas oyen su voz y le siguen* (Joan., X, 3, 4); para que nadie dijese: ¿Y qué a los que no creyeron?, oye lo que añadió: *Y conozco a las mías, y las mías me conocen a Mí*. Lo cual daba a entender San Pablo, cuando decía: *No rechazó Dios al pueblo suyo, que en su presencia conoció* (Rom., XI, 2); y Moisés: *Conoció el Señor a los que son suyos* (2 Tim., II, 19), a saber, aquellos a quienes conoció en su presciencia.

Después, para que no creyeras que la medida del conocimiento era la misma (en El y en las ovejas), se corrige tal error con lo que añade: *Conozco*, dice, *a las mías y las mías me conocen a Mí*; mas no es igual el conocimiento: pues, ¿dónde es igual?— En el Padre y en Mí. Allí sí: *Como el Padre me conoce a Mí, así Yo conozco al Padre*. Dado que, si no tratase de probar esto, ¿a qué propósito añadió esta cláusula? En efecto; como muchas veces se colocaba entre los demás, como uno de ellos, para que nadie pensase que conocía al Padre como mero hombre, añadió: *Como el Padre me conoce a Mí, así Yo conozco al Padre*. Tan perfectamente le conozco, como El a Mí. Por eso también decía: *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre, sino el Hijo* (Luc., X, 22); donde habla de un conocimiento aparte, y de tal naturaleza, que ningún otro le puede tener.

Yo doy mi vida. Continuamente lo dice, para probar que no es seductor. Y a la verdad, también el Apóstol, cuando quería demostrar que era genuino maestro, y enderezaba el discurso contra los falsos apóstoles, recomienda su persona por los peligros de muerte, diciendo: *En heridas con mucho exceso, en muertas muchas veces* (2 Cor., XI, 23). Puesto que el decir: “Luz soy”, “Via soy”, parecía a los necios arrogancia; pero el decir: “Morir quiero”, no era ocasión de envidia ni malquerencia alguna. Por eso tampoco le dicen aquí: *Tú das testimo-*

nio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Puesto que estas palabras mostraban grande solicitud, toda vez que deseaba entregarse a sí mismo por aquellos que le apedreaban.

III

Por lo mismo introduce también oportunamente la conversación acerca de los gentiles. 16. *Porque tengo además otras ovejas*, dice, *que no son de este redil: también aquellas tengo que traerlas*. Ved cómo otra vez el término “tengo que” no significa necesidad, sino que el suceso tendrá lugar sin duda alguna. Como si dijera: ¿Qué? ¿os admiráis de que éstos me hayan de seguir, y las ovejas oír mi voz? Cuando veáis que también otras me siguen y me oyen, entonces os llenaréis de mayor asombro. Y si dice: *Las cuales no son de este redil*, no te turbes. Porque la diferencia no está sino en la ley; como también lo dice San Pablo: *Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión* (Gal., V, 6).

También aquellas tengo que traerlas. Declara que unos y otros (judíos y gentiles) andaban dispersos y en confusión, y desprovistos de pastores, por no haber aún venido el buen Pastor. A continuación predice la unión futura de ambos: *Y será una sola manada*. También esto lo declaró San Pablo, diciendo: *Para crear en sí mismo a entrambos en un solo hombre nuevo* (Ephes., II, 15).

17. *Por eso me ama el Padre, porque Yo doy mi vida, para tomarla otra vez*. ¿Qué puede hacer más humilde que estas palabras, dado que el Señor nuestro ha de ser amado por nuestra causa, porque muere por nosotros? Pues, ¿cómo así? dime: ¿no era amado en el tiempo anterior, sino que ahora comenzó el Padre a amarle, y fuimos nosotros la causa de tal amor? ¿Ves cuánto se humana?— ¿Cuál es, según eso, el intento que aquí tiene?— Como le llamaban extraño al Padre y seductor, y afirmaban que había venido a perderlos y arruinarlos, dice: Aunque más no hubiera, a lo menos me movió a amaros el ver que, como Yo, sois amados del Padre, y que lo sois precisamente porque Yo muero por vosotros.

Juntamente con esto quiere también demostrar que no va contra su voluntad a la muerte —ya que si fuese cosa involuntaria, ¿cómo habría de ser causa de amor?—, y además que en ello se complacía sobremanera el Padre. Y si esto lo dice como hombre, no te admires; pues

muchas veces hemos dado la razón de ello, y repetir lo mismo sería superfluo y enojoso.

Yo doy mi vida para tomarla otra vez. 18. Y ninguno me la quita; Yo la doy de Mí mismo. Potestad tengo que darla, y potestad tengo para tomarla. Ya que muchas veces habían deliberado matarle, dícelos: No queriéndolo Yo, necio es vuestro conato. Y por lo primero prueba lo segundo; por la muerte la resurrección¹⁹. Pues esto es lo maravilloso y estupendo. Ya que ambas cosas eran completamente nuevas y fuera de toda costumbre.

Atendamos, pues, con diligencia lo que dice: *Potestad tengo de dar mi vida.*— Y ¿quién no tiene potestad de dar su propia vida, puesto que en manos de todos está el darse la muerte?— Mas no habla de ese modo —Pues, ¿cómo?— De tal manera tengo potestad de darla, que nadie puede, si Yo no quiero, quitármela; lo cual no está en las manos del hombre. Porque nosotros no tenemos potestad de darla, si no es causándonos la muerte. Pero si caemos en manos de quienes nos acechan y son dueños de matarnos, ya no tenemos potestad de dar la vida o no, sino que, aun contra nuestra voluntad, ellos nos la quitan. No así El; antes, aunque otros tratasen de quitársela, era dueño de no darla. Así es que, después que hubo dicho: *Nadie me la quita*, fue cuando añadió: *Potestad tengo de dar mi vida*; esto es: Yo solo soy dueño de darla; lo cual no tiene lugar en vosotros, ya que también otros muchos son dueños de quitároslo.

Mas esto no lo dijo al principio, pues no hubiera parecido digno de crédito, sino cuando tenía la prueba de los hechos, y habiéndolo pretendido muchas veces, no pudieron haberle a las manos —ya que se les huyó de ellas innumerables veces—, entonces fue cuando dijo: *Y ninguno me la quita*. Y si esto es verdad, síguese también que El por su voluntad va a la muerte. Y a su vez, si esto es verdadero, consta asimismo que puede cuando quiera volver a tomar la vida. Porque si el morir de aquella manera es más que humano, no dudes ya tampoco de los demás. Pues el ser el solo dueño de dar la vida prueba también que es dueño de tomarla por la misma potestad. ¿Ves cómo por lo primero estableció lo segundo, y por su muerte hizo indubitable la resurrección?

Este mandamiento recibí del Padre. ¿Qué mandamiento?— El de morir por el mundo. ¿Por ventura, según eso, estuvo aguardando a oírlo primero y entonces lo quiso, y tuvo necesidad de enterarse?— Pero ¿quién que tenga entendimiento puede decir tal cosa?— Antes

bien, así como arriba, al decir: *Por eso me ama el Padre*, declaró su libre voluntad, y quitó la sospecha de oposición; así también aquí, al decir que recibió un mandamiento del Padre, no indica otra cosa sino: “a El le complace lo que Yo hago”, para que cuando le den muerte no crean habérsela dado como a desamparado y abandonado del Padre, ni le escarnezcan, como le escarnecieron: *A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; y Si es Hijo de Dios, baje de la cruz* (Matth., XXVII, 42, 40). Pues precisamente por eso no baja, porque es Hijo de Dios.

Inmediatamente, para que al oír: *Mandamiento recibí del Padre*, no tuvieras aquella obra por ajena de el, de antemano dijo: *El buen pastor da la vida por sus ovejas*, demostrando con esto que las ovejas eran suyas y toda aquella obra es también suya, y no necesitaba de precepto. Porque si necesitaba mandamiento, ¿cómo dijo: *Yo doy la vida de Mí mismo?* Porque quien de suyo la da, no necesita precepto. Juntamente añade la causa por la que esto hace. Y ¿cuál es? Que El es Pastor, y buen Pastor, y el buen pastor no ha menester que otro le incite a esto. Y si en los hombres así es, mucho más en Dios. Por eso también San Pablo decía que *se anonadó a sí mismo* (Philip., II, 7). Así, pues, en este lugar la palabra mandamiento no tiene otro objeto que el de significar su conformidad con el Padre. Y si la frase es humilde y humana, la causa está en la debilidad de los oyentes.

IV

19. Nació, pues, división entre los judíos. 20. Y unos decían: “Demonio tiene y está loco. ¿A qué le oís?” 21. Otros decían: “Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?” Como las palabras que decía eran más que de hombre, y sobre todo lo acostumbrado, llamábanle endemoniado, dándole ya este nombre por cuarta vez. En efecto, antes decían: *Demonio tienes; ¿quién te busca para darte muerte?* Y de nuevo: *¿No decíamos bien que tú eres samaritano y tienes demonio?* Y aquí: *Demonio tiene y está loco. ¿A qué le oís?* Y por mejor decir, oyó eso no cuatro, sino aún muchas veces. Porque el decir: *¿No decíamos bien que tienes demonio?*, es señal que dijeron esto no dos o tres, sino aún muchas veces. Y otros decían: “Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?” Como no podían hacerle enmudecer por las palabras, valíanse de la prueba de las obras. “Porque, a la verdad, ni aun las palabras de endemoniado:

pero si por las palabras no os persuadís, a lo menos respetad las obras. Y si no son de endemoniado, y por otra parte, son más que humanas, claro es que son efecto de algún poder divino". ¿Ves el silogismo? Que eran más que humanas es manifiesto, porque decían: *Demonio tiene*; pero que no tenía demonio lo demostró El por las obras que hizo. Y ¿qué hace Cristo? Nada responde. Antes había respondido: *Yo no tengo demonio*; mas no así ahora. Una vez que había dado la prueba de las obras, prefirió callar. Ya que ni respuesta merecían los que le llamaban endemoniados por aquellas obras, por las cuales debieran admirarle y tenerle por Dios. Por otro lado, ¿qué necesidad había de argumentos los unos contra los otros? Por eso callaban, y sufríalo todo con mansedumbre. Ni sólo por este motivo, sino también por enseñarnos toda mansedumbre y magnanimidad.

V

Imitémosle, pues; porque no sólo calló, sino que de nuevo insiste, y preguntado, responde y da pruebas de su providencia; y apellidado endemoniado y loco por hombres a quienes había hecho innumerables beneficios, y esto no una ni dos, sino muchas veces, no sólo no se vengó, sino que cesó de hacerles beneficios. Y ¿qué digo hacerles beneficios? Por ellos dio aun su vida, y al ser crucificado, habla en su favor al Padre. Imitemos, pues, estos ejemplos también nosotros. Que esto es ser discípulo de Cristo: ser manso y benigno. Y ¿de dónde nos podrá venir esta mansedumbre? De recapacitar continuamente nuestros pecados, de llorar y derramar lágrimas por ellos. El alma que con este dolor viva es incapaz de irritarse y airarse. Pues donde hay dolor, imposible que haya ira; donde hay tristeza, la ira se ve desterrada; donde hay contrición del alma, la indignación no tiene lugar. Porque al espíritu, bajo el azote del dolor, no le queda espacio para levantarse en ira; antes amargamente gime y más amargamente se lamenta.

Bien se que muchos se ríen al oírlo; mas yo no cesaré de llorar a los que sé ríen. De llanto, de lágrimas y de gemidos es el tiempo presente. Porque mucho pecamos de palabras y de obra. Y a los que tales culpas cometen les aguarda el infierno, y el río que hierve en impetuosas ondas de fuego, y la pérdida del reino de los cielos, que es lo más terrible de todo. Pues con tales amenazas, dime, ¿te ríes y te entregas al placer? Y mientras tu Señor está irritado y te amenaza, ¿permaneces tendido en tu desidia? Y ¿no temes inflamar con eso

más y más el horno? ¿No oyes lo que cada día está clamando? *Me visteis hambriento, y no me disteis de comer; sediento, y no me disteis de beber. Id al fuego preparado para el diablo y sus ángeles* (Matth., XXV, 42, 41). Y esto está amenazando cada día.

VI

Pero le he alimentado, replicas. ¿Cuándo y cuántos días, diez o veinte? Mas no quiere solamente ese tiempo, sino mientras vives sobre la tierra. Que también las vírgenes tenían aceite, mas no el suficiente para su salvación. También ellas encendieron sus lámparas, mas fueron excluidas del tálamo. Y con mucha razón, porque se les apagaron antes de la venida del Esposo. Por tanto, gran cantidad de óleo, abundante misericordia hemos menester. Oye, en efecto, lo que dice el Profeta: *Ten misericordia de mí, Señor, según tu grande misericordia* (Ps, L, 1). Así, pues, también nosotros debemos complacernos del prójimo, según la grande misericordia de que seamos capaces. Pues cuales fuéremos para los consiervos, tal hallaremos al Señor. Y ¿cuál es grande misericordia? Cuando damos, no de lo superfluo, sino de lo necesario. Pues si ni aun lo superfluo diéremos, ¿qué esperanza nos quedará? ¿Cómo nos libraremos de aquellos males? ¿Adónde podremos acogernos, que halleemos salvación? Si las vírgenes, después de tantos y tales trabajos y sudores, no recibieron consuelo alguno de ningún género, ¿quién nos asistirá a nosotros cuando oigamos aquellas tremendas palabras del mismo Juez, que nos dirá y echará en cara: *¡Tuve hambre, y no me disteis de comer! y Lo que no hicisteis a uno de estos pequeñuelos, también a Mí me lo dejasteis de hacer!* (Matth., XXV, 42). Donde no habla sólo de los discípulos, ni de los que escogieron vida solitaria, sino de todo fiel. Porque el tal, aunque sea siervo, aunque mendigue por las plazas, con tal que crea en Dios, es acreedor a toda benevolencia. Y si desnudo y hambriento le despreciamos, oiremos estas palabras. Y muy bien merecido.

VII

Porque, en efecto: ¿Qué hay de pesado ni enojoso en lo que nos pide? ¿Qué hay, por el contrario, que no sea muy fácil y hacedero? Ya

que no dijo: *Enfermo estaba*, y “no me curasteis”, sino: *No me visitasteis*. No, dijo: *En la cárcel estaba*, y “no me sacasteis”, sino: *No vinisteis a Mí*. Pues bien: cuanto son más ligeros los preceptos, tanto será más grave el castigo de los transgresores. ¿Qué cosa más fácil, dime, que el ir a visitar la cárcel? ¿Qué cosa más dulce? Cuando veas a unos atados, a otros escuálidos, a éstos con larga cabellera y cubiertos de andrajos, a aquellos consumidos de hambre, y acudiendo cual perros a tus pies; quiénes desgarrados los costados, quiénes que vuelven ahora de la plaza atados, los cuales mendigando cada día no reúnen ni el necesario sustento, y al caer de la tarde son obligados por los alcaides a aquel trabajo malhadado y cruel; aunque seas una piedra, sin duda te harás más humano, y aunque lleves una vida muelle y relajada, sin duda te harás más morigerado, contemplando la condición de las cosas humanas en las calamidades ajenas. No podrás menos de pensar en aquel terrible día y sus variados suplicios. Y revolviendo y meditando estos pensamientos, arrojarás de ti la ira y el placer y el amor de las cosas de esta vida, y proporcionarás a tu alma mayor tranquilidad que la del puerto más tranquilo, y reflexionarás sobre aquel tribunal, considerando que si entre los hombres hay tanta previsión y tanto orden, terror y amenazas, cuánto más lo habrá en Dios. Porque *no hay potestad alguna, sino (derivada) de Dios* (Rom., XIII, 1). Por tanto, quien a los príncipes dio facultad de ordenar esas cosas, mucho más las ejecutará por sí mismo.

En efecto: si no fuese por este temor, todo estaría perdido; ya que aun ahora con amenazarse tantos castigos, son muchos los que se lanzan sin freno a la maldad.

Si reflexionas estas verdades será más presto para la limosna y recogerás por fruto gran placer, mucho mayor que los que bajan de los espectáculos. Porque los que se levantan de allí arden inflamados por la concupiscencia. Pues una vez de haber visto aquellas aladas mujeres de la escena y recibido heridas sin número, han de sentirse cual un mar embravecido, cuando la figura, las miradas, los trajes, las palabras, el andar y todo lo demás de aquellas mujeres se les vengan delante de los ojos y ponga en asedio sus almas. Mas a los que salgan de aquí (de la cárcel) nada semejante les sucederá, antes tendrán por fruto mucha paz y calma imperturbable. Porque la compunción que se produce con la vista de los presos apaga todo aquel fuego. Y aunque se presente una fornicaria y lasciva delante de quien sale de la cárcel, no le causará daño alguno. Pues cual si se hubiera convertido en

inaccesible a todo, no se dejará prender en las redes de aquella vista, teniendo ante los ojos, en vez del impuro rostro, el temor del juicio. Por eso aquel que había gozado toda especie de placer decía: *Mejor es ir a la casa del llanto que a la casa de la risa* (Eccle., VII, 3). Y así en esta vida será virtuoso y en la otra oír palabras de felicidad sobre toda ponderación.

VIII

¡No descuidemos, pues, esta obra y ejercicio! Pues aunque no podamos llevar alimento ni socorrerlos con dinero, podremos a lo menos consolarlos de palabra y levantar los ánimos abatidos y ayudarlos de otras muchas maneras, ora hablando con los que los encarcelaron, ora amansando a los alcaides, y mucho o poco, siempre los aprovecharemos.

Y si me dices que no son hombres de buena condición, ni probos ni honrados, sino homicidas, profanadores de sepulcros, rateros, adúlteros, lascivos y llenos de muchas maldades, de nuevo alegas una excusa que prueba la necesidad de acudir allá. Porque, a la verdad, no se nos manda tener misericordia de los buenos y castigar a los malos, sino mostrar esta piedad con todos. *Haceos dice semejantes a vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos* (Matth., V, 45). Por tanto, no reprendas con acerbidad a los prójimos, ni seas terrible juez, sino llegando a ser adúlteros, ni profanadores de sepulcros, ni ladrones, tenemos otros delitos dignos de gravísimo suplicio. Hemos llamado muchas veces a nuestro hermano “necio”, lo cual nos hace reo del infierno, y mirado a mujeres con ojos impuros, lo cual constituye adulterio consumado, y lo que es terrible sobre todo lo demás, hemos recibido no dignamente los misterios (eucarísticos), lo cual nos hace reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. No seamos, pues, acerbos inquisidores de los demás, antes consideremos nuestras propias culpas, y así nos despojaremos de esta inhumanidad y crueldad.

Mas fuera de esto se ha de añadir; que hallaremos allí muchos hombres buenos, y muchas veces comparables con toda la ciudad. Como también aquella cárcel donde estaba José tenía dentro muchos malvados; y, sin embargo, de todos tenía cuenta aquel justo, y estaba oculto entre los demás. Era, en efecto, comparable con todo el Egip-

to, y a pesar de eso, habitaba en la cárcel, y no lo sabía nadie de los que estaban dentro. Pues bien: también ahora es verosímil que haya muchos buenos y modestos, aunque no sean de todos conocidos, y el cuidado que de ellos tengas te proporciona la retribución del cuidado empleado en todos. Pero aun cuando ninguno hubiera de esa condición, siempre es grande la recompensa. Que también tu Señor no hablaba tan sólo a los justos y rechazaba a los injustos, antes bien, a la cananea recibió con suma benevolencia, y a la samaritana execrable e impura, y no menos a otra fornicaria, recibió y tomó a su cuidado, y se lo reprocharon los judíos, y consintió en que sus pies fueran regados por las lágrimas de la execrable mujer, enseñándonos a ser condescendientes con los pecadores. En esto principalmente consiste la benignidad.

IX

¿Qué dices? ¿que son ladrones y profanadores de sepulturas los que habitan la cárcel? Y ¿acaso, díme, son justos todos los que habitan la ciudad? antes ¿no hay muchos peores que aquellos, y que roban con mayor desvergüenza? Porque aquellos, si otra cosa no, a lo menos buscan el refugio de la soledad y las tinieblas, y el poderlo hacer a ocultas; pero éstos arrojan la máscara y hacen el mal a cara descubierta, violentos, ladrones, avaros. Difícil es hallar un hombre exento de injusticia.

Y si no arrebatamos oro, ni tantas o tantas yugadas de tierra, al fin en cosas menores y en lo que podemos hacemos lo mismo con ciertos fraudes y robos. Cuando en el comercio y en las compras y ventas disputamos y hacemos violencia por dar menos de lo justo, y todo lo revolvemos a este fin, ¿no es eso latrocinio? ¿no es robo y avaricia? Y no me vengas a decir que no robaste una casa ni un esclavo. Que la injusticia no se discierne por la medida de lo robado, sino por la voluntad de los que roban. Lo justo y lo injusto tiene la misma razón de ser en lo grande que en lo pequeño; y lo mismo llamo ladrón (cortabolsas) al que rompe la bolsa ajena y roba oro, que al que haciendo una compra defrauda algo del justo precio; y lo mismo llamo salteador (perforador de paredes) al que atraviesa un muro y sustrae algo de lo interior, que al que viola el derecho y quita algo al prójimo. No nos hagamos, pues, jueces de lo ajeno, pasando por alto

lo nuestro; ni cuando es tiempo de benignidad, andemos inquiriendo la maldad: antes acordémonos en qué estado nos hallábamos antes también nosotros, y seamos alguna vez, por fin, mansos y misericordiosos. Y ¿en qué estado nos hallábamos? Oye a San Pablo, que dice: *Porque éramos también nosotros un tiempo contumaces, insensatos, extraviados, siervos de pasiones y placeres varios, aborrecibles y odiadores los unos de los otros* (Tit., III, 3); y otra vez: *Eramos por naturaleza hijos de la ira* (Eph., II, 3). Pero Dios, viéndonos cual encarcelados y sujetos con terribles cadenas, mucho peores que las forjadas de hierro, no se avergonzó de nosotros, antes vino y se presentó en la cárcel, y a los que eran dignos de infinitos suplicios los sacó de allí y los llevó al reino, y los hizo más resplandecientes que el cielo, a fin de que también nosotros, según nuestra posibilidad, hagamos lo mismo. Puesto que, cuando dijo a los discípulos: *Si Yo os he lavado los pies, el Señor y el Maestro, también vosotros debéis lavar los pies unos a otros; porque ejemplo os he dado, para que como Yo lo he hecho, así lo hagáis vosotros* (Jo., XIII, 14); no estableció esta ley tan sólo acerca de lavar los pies, sino también de todo lo demás que El hizo por nosotros. ¿Es homicida el que está en la cárcel? No nos cansemos nosotros de hacer bien. ¿Es profanador de sepulcros y adúltero? No miremos la maldad, sino compadezcamos la desgracia. Y muchas veces, como he dicho, hallaremos allí algún hombre que valga por otros innumerables; y si continuamente acudes a los encarcelados, no perderás tan buena presa. Así como Abraham, dado hospedaje a todos, se encontró una vez con ángeles; así nosotros, si nos ejercitamos en esta obra, hallaremos a veces grandes hombres. Y si algo maravilloso he de decir, no es tan digno de alabanza el que hospeda a un hombre ilustre, como el que recibe a un abyecto y miserable. Ya que el primero en su propia vida ofrece motivo de ser bien tratado, mas el abyecto y despreciado de todos no tiene más puerto de refugio que la misericordia del bienhechor; de suerte que esta es principalmente pura clemencia. Además de que quien trata bien a un hombre ilustre y admirable, hácelo muchas veces por ostentación; pero quien cuida del abyecto y desconocido, solamente lo hace por el mandamiento de Dios. Por eso, si damos un convite, se nos manda recibir a los cojos y mutilados; si damos limosna, se nos ordena compadecernos de los más pequeños y viles. Porque *En cuanto lo hicisteis*, dice, *con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis* (Matth., XXV, 40).

Conocido, pues, el tesoro que allí se esconde, entremos con frecuencia y negociemos, y volvamos allá la afición a los espectáculos; y si nada puedes llevar, lleva a lo menos el consuelo de las palabras: porque Dios no solamente galardona al que da sustento, sino simplemente al que entra a visitar. Cuando, entrado allí, hubieres levantado un ánimo lleno de temor y temblor, exhortándole, ayudándole, prometiéndole socorro, enseñándole la virtud cristiana, no será poco el premio que de aquí percibas. Muchos de los de fuera, es verdad, se reirán mientras tú hables de ese modo, relajados a fuerza de placeres; pero en tanto los desgraciados, oprimido el ánimo, atenderán con grande modestia a tus palabras, te alabarán y mejorarán de conducta. También cuando Pablo predicaba se burlaban muchas veces los judíos, pero los presos le escuchaban con gran reposo. Porque nada hay que en tanto grado prepare el alma para la virtud que le es necesaria, como la desgracia, la tentación y la tribulación.

Por tanto, considerando todas estas cosas, y cuánto bien haremos a los encarcelados y cuánto a nosotros mismos, si muchas veces tratamos con ellos; empleemos allí nuestras conversaciones de la calle y nuestros inútiles ocios, para que a ellos los ganemos, a nosotros nos proporcionemos satisfacción y alegría, glorifiquemos a Dios, y obtenemos los bienes sempiternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA LXXVII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XV, v. 11. Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. 12. Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como Yo os amé. (13. Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos).

14. Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que Yo os mando. 15. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.

16. No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis, y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo cuanto pidiereis a mí Padre en mi nombre, os lo de.

17. Esto os encomiendo, que os améis los unos a los otros.

18. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a Mí antes que a vosotros. 19. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, antes Yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. 20. Acordados de mi palabra, que Yo os he dicho: No es el siervo mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros: si han observado (=acechado a) mi palabra, también observarán (=acecharán a) la vuestra.

21. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me envió. 22. Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.

23. El que a Mí me aborrece, también aborrece a mi Padre.

24. Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ningún otro hizo, no tendrían pecado; mas ahora las han visto, y me aborrecen a Mí y a mi Padre.

25. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Me aborrecieron de grado (Ps. XXIV, 19; LXVIII, 5).

26. Pero cuando viniere el Consolador, que Yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí.

27. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

Cap. XVI, v. 1. Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. 2. Os echarán de las sinagogas; mas viene la hora en que cualquiera que os mate juzgará que hace un servicio a Dios. 3. Y os harán esto porque no conocieron al Padre ni a Mí.

4. Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere la hora, os acordéis de ellas, que Yo os las dije.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Necesidad de la perseverancia en el bien (XV, v. 11).

II. Excelencia de la caridad (vv. 12, 13).

III. Amor de Cristo a los suyos (vv. 14-16).

IV. Expone los vv. 17 y sigs. y el enlace que los une. Cómo consuela el Señor a los discípulos y los previene para los trabajos con su propio ejemplo (vv. 17-25).

V. Para quitarles toda turbación les promete el Espíritu Santo (v. 26).

VI. Predice el Señor las persecuciones de los Apóstoles, consolándolos al mismo tiempo, y les manda tener presente la predicción, en testimonio de su divinidad (XVI, 1-4).

VII. Exhortación práctica. Cuando sufrimos de parte de los malos debe consolarnos la idea de que sufrimos por Cristo. Además, miremos, no al trabajo, sino a la corona que nos espera.— Aplicación de esta doctrina a la limosna. Elocuente amplificación. Motivos. 1. *Con la medida que midiereis seréis medidos.* 2. *Todo lo que no hicisteis a cualquiera de éstos, ni a Mí me lo hicisteis.*

VIII. 3. Liberalidad de Cristo con los hombres. Cortedad de los hombres con Cristo, siendo así que lo mismo que dan de limosna no es suyo. Repréndese la inhumanidad de muchos. 4. Brevedad de esta vida, y cuánto importa para la venidera hacer limosna. El limosnero más que a los pobres se favorece a sí mismo.

I

Cap. XV, v. 11. *Estas cosas os he dicho, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.* 12. *Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como Yo os amé.*

Todos los bienes tienen su premio, cuando llegan a su término conveniente; pero interrumpirlos en el intermedio es padecer naufragio. Y así como una nave cargada de infinitas mercancías, si no arriba al puerto, sino que se hunde en medio del mar, nada gana de su larga navegación, antes sufre tanto mayor desastre cuanto eran mayores los trabajos tolerados; así también lo mismo sucede a las almas que decaen antes del término de sus fatigas y se deshacen en medio de los combates. Por eso San Pablo dice que los que consiguen gloria, honor y paz son aquellos que corren perseverando en hacer buenas obras (Rom., II, 7). Y es lo que Cristo intenta ahora en sus discípulos. Porque como El los había recibido y se alegraban por ello, y, por otra parte, a pasión y las palabras de tristeza, les habían de interrumpir el gozo; después de haberles dicho muchas otras cosas y haberlos consolado, dice: 11. *Estas cosas os he dicho, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido;* esto es, para que no os apartéis de Mí, para que no interrumpáis la carrera. Os habéis regocijado en Mí, y con gran regocijo; pero ha sobrevenido la tristeza. Por eso os la quito, para que vuestro gozo llegue al término; dándoos a entender que las cosas presentes no merecen tristeza, sino alegría. He visto vuestro escándalo: no os he despreciado, ni os he dicho: “¿Por qué no perseveráis con esfuerzo?”, antes os he hablado palabras de consuelo. Así quiero consiervos siempre en este mismo amor. Habéis oído hablar del reino, y os habéis alegrado: pues bien, para que vuestro gozo llegue a su colmo, para eso os he dicho estas cosas.

II

12. *Y este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros como Yo os amé.* ¿Ves la claridad de Dios entrelazada con la nuestra y como unificada y encadenada con ella? Por esta razón unas veces le llama dos mandamientos y otras veces uno: porque no es posible que quien tenga el uno, no tenga también el otro. En una ocasión dice: *De aquí depende toda la ley y los Profetas* (Matth., XXII, 40); y en otra: *Lo que quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo a ellos vosotros. Porque esta es la ley y los Profetas* (Matth., VII, 12). Y además: *Plenitud de la ley es la caridad* (Rom., XIII, 10); que es lo que también aquí dice. Porque si el *permanecer* depende de la caridad, y la caridad de la observancia de los mandamientos, y el mandamiento es que nos amemos los unos a los otros, el permanecer en Dios depende de la caridad mutua.

Y no sólo encarga el amor, sino que enseña también el modo: *como Yo os amé.* De nuevo hace ver que aquella su retirada (a la muerte) no procedía de odio, sino de amor: de suerte que por ella me debierais admirar más: pues por vosotros dejo mi vida (v. 13). Mas en ninguna parte les habla en estos términos, sino que arriba lo hace describiendo al buen pastor, y aquí exhortándolos y mostrándoles la grandeza del amor, y declarándoles quién era. ¿Y por qué siempre ensalza la caridad? Porque ella es el distintivo de los discípulos, ella la que da consistencia y enlace a la virtud. Por eso afirma esto mismo de ella San Pablo, a fuer de genuino discípulo de Cristo, y que la conocía por experiencia.

III

14. *Vosotros sois mis amigos.* 15. *No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Vosotros sois mis amigos, porque todas las cosas que he oído de mi Padre os la he dado a conocer.* Pues ¿cómo dice: *Muchas cosas tengo que deciros, mas no las podéis llevar ahora?* (Jo., XVI, 12). Por las palabras *Todas las cosas* y *Oído*, significa tan sólo que no dice otra cosa sino lo oído del Padre. Y como se tiene por especialísima señal de amistad el decir los secretos, por eso, dice, os he hecho también la gracia de esta comunicación. A continuación pone además otra señal, nada vulgar, de

amistad. Y ¿cuál es? 16. *No me elegisteis vosotros a Mí*, dice, *sino que Yo os elegí a vosotros*; esto es, yo corrí tras vuestra amistad. Ni se contentó con esto, sino que les dice: *Yo os puse*, eso es, os planté, *para que vayáis* (todavía continúa la metáfora de la viña), esto es, para que os extendáis, *y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca*. Y si permanece el fruto, mucho más vosotros mismos. Porque “no me contenté, dice, con teneros afecto de amor, sino que os hice grandes beneficios, extendiendo vuestros sarmientos por toda la tierra”.

¿Ves de cuántas maneras muestra el amor? Descubriéndoles los secretos, siendo el primero en buscar su amistad, haciéndoles grandes beneficios, padeciendo por ellos lo que entonces padeció. Y por aquí les hace ver que estará siempre con ellos, para que den fruto. Porque necesario es que tengan su auxilio, para poder fructificar.

Para que cuanto pudiereis a mi Padre en mi nombre, os lo de ²⁰. El otorgar la petición es propio de aquel a quien se pide: sí, pues, se pide al Padre, ¿cómo la otorga el Hijo?— Para que entiendas que el Hijo no es menor.

IV

17. *Estas cosas os he dicho, para que os améis los unos a los otros*: esto es, el deciros estas cosas, que Yo doy la vida, que he sido el primero en buscar vuestra amistad, no ha sido para daros en rostro con ellas, sino para induciros al amor mutuo.

Después, como el ser perseguidos y afrentados era cosa dura e intolerable, y suficiente para abatir aunque fuese a un ánimo excelso; por eso no descende a hablar de ello, sino después de muchos preliminares: porque primero suavizó los ánimos, y entonces les habló de este asunto, haciéndoles ver que aún eso cedía en bien de ellos, como se lo había también probado de todo lo demás.

En efecto: así como les dijo que no sólo no debían entristecerse, antes alegrarse, de que iba al Padre, pues no lo hacía por dejarlos, sino con mucho amor, así también en este asunto les hace ver que deben regocijarse, y no dolerse. Y mira cómo lo obtiene. No les dijo: “Bien se que la cosa es dura, pero toleradla por Mí, ya que por Mí la sufrís”. Esta razón no hubiera sido todavía suficiente para consolarlos: así es que, dejándola a un lado, les pone delante otra. Y ¿cuál es? Que aquello (el padecer persecución) sería señal de la pasada virtud

de ellos, y, por el contrario, deberíais entristeceros, no de que sois ahora aborrecidos (del mundo), sino si hubierais de ser amados. Esto es, en efecto, lo que se insinúa en las palabras: *19. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo*. Y así, si fuerais amados de él, es claro que daríais prueba de vuestra maldad. Y a continuación, una vez que estas palabras no bastaron para el objeto, continúa en su razonamiento: *20. No es el siervo mayor que su señor. Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros*. Dio a entender que en esto principalmente le habían de imitar. Puesto que mientras Jesucristo vivía en la carne, contra él se enderezaba la guerra; mas una vez que murió, la lucha se volvió contra ellos, además, como por ser tan pocos para combatir contra tan grande muchedumbre, se turbaban, levanta sus ánimos, diciéndoles: “Esto es más que nada lo que os debe causar alegría, el ser aborrecidos por ellos; porque así seréis participantes de mis padecimientos. No debéis, por tanto, turbaros, pues no sois mejores que Yo: que, como antes he dicho, *No es el siervo mayor que su señor*”. Fuera de esto, la tercera razón de consuelo es, que el Padre es injuriado juntamente con ellos. *21. Pues todas estas cosas, dice, os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a Aquel que me envió*: esto es, también a El le ultrajan. Y además, privándolo de perdón (a los perseguidores) y añadiendo otra razón de consuelo, dice: *22. Si Yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado*; dando a entender que obrarían inicuaamente contra El y contra los discípulos.— ¿Por qué, pues, nos ha traído a estos males? ¿No preveías tú las guerras y el odio? Por eso añade: *23. El que a Mí me aborrece, también aborrece a mi Padre*, denunciándoles por este motivo no leve suplicio. Porque como se excusaban continuamente que les perseguían por la honra del Padre, dijo estas palabras, cerrándoles todo camino de defensa: “No tienen ya excusa alguna: les he dado la enseñanza de mis palabras, les he puesto delante la de las obras según la ley de Moisés, el cual manda que todos obedezcan a quien tales cosas hace y dice, siempre que encamine a la piedad y presente milagros estupendos”. Pues no fueron milagros comoquiera, sino cuales no los hizo otro ninguno (v. 24). Testigos eran ellos mismos, que decían: *Jamás apareció otro hombre como éste en Israel* (Matth., IX, 33); y *No se oyó desde que hay mundo, que abriese nadie los ojos de un ciego de nacimiento* (Jo., IX, 32); y así fue la resurrección de Lázaro; y así todo lo demás: y también el modo de hacer los milagros: todo era extraordinario y admirable. Pues ¿por qué, podían decir, te

persiguen a ti y a nosotros? *Porque no sois del mundo. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo.* Les trae a la memoria las palabras que había dicho a sus hermanos (o parientes más próximos): sólo que allí las dijo con más disimulo, para no ofenderlos, y aquí, por el contrario, lo descubrió todo.— Y ¿por dónde consta que somos aborrecidos por esta causa?— Por lo acontecido conmigo. Porque, dime ¿a qué se pudieron asir, o en mis palabras, o en mis obras, para no recibirme?— Después como el hecho era tan estupendo, añadió también la razón: que no era sino la maldad de ellos. Y ni aun esto le basta, sino que alega al Profeta, haciendo ver que ya él de antemano lo había vaticinado, al decir: 25. *Me aborrecieron de grado* (Ps. LXVIII, 5). Lo mismo hace también San Pablo, cuando, admirándose mucho de que los judíos no hubieran creído, aduce los Profetas que mucho antes lo predijeron, y descubrieron la causa, que era la maldad y soberbia de aquellos.

V

“¿Luego qué? (podían objetarle): Si no guardaron tu palabra, tampoco guardarán la nuestra; si a ti te persiguieron, por lo mismo también nos perseguirán a nosotros, si vieron milagros, cuales ningún otro lo hizo; si oyeron palabras, cuales ninguno las oyó, y nada aprovecharon, si aborrecen a tu Padre y a ti mismo con El, ¿para qué nos echas en medio del peligro? ¿Cómo se nos podrá dar crédito? ¿Quién de los de nuestra nación nos prestará oído?”— Pues bien para que no se turbaran con tales pensamientos, mira qué consuelo les pone delante. 26. *Cuando viniere el Consolador, que Yo enviaré, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de Mí.* 27. *Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.* “El será fidedigno, porque es Espíritu de verdad”. Por eso no le llama Espíritu Santo, sino Espíritu de verdad. Las palabras: *Que procede del Padre*, significan que todo lo sabe con perfección, como también El había dicho de sí mismo: *Se de dónde vengo y adónde voy* (VIII, 14), hablando también allí acerca de la verdad. *A quien Yo enviaré.* Ved cómo no le envía solamente el Padre, sino también el Hijo. Y (v. 27) también vosotros tenéis motivo de que se os crea, pues habéis estado conmigo, y no lo habéis oído de otros extraños. Y los mismos Apóstoles se apoyan en esto, al decir: *Nosotros los que comimos y bebimos*

con El (Act., X, 41). Y que esto no lo decían vanamente, daba testimonio el Espíritu Santo.

VI

Cap. XVI, v. 1. *Esto os he dicho, para que no os escandalicéis:* esto es, cuando viereis a muchos que no crean, y a vosotros mismos padeciendo graves trabajos. 2. *Os echarán de las sinagogas.* Porque ya habían decretado que si alguno confesara a Cristo, fuera echado de la sinagoga. *Y aun viene la hora en que cualquiera que os mate juzgará que hace un servicio a Dios:* de tal manera buscan vuestra muerte, como si ella fuera cosa piadosa y agradable a Dios. A continuación los consuela, diciendo: 3. *Y harán esto porque no conocieron al Padre ni a Mí.* Bástaos, por todo consuelo, el padecer estas cosas por Mí y por el Padre. Aquí les recuerda de nuevo la bienaventuranza que al principio había pronunciado: *bienaventurados sois, cuando os injuriasen, y persiguieren, y dijeren contra vosotros con mentira todo mal por causa de Mí. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón es grande en los cielos* (Matth., V, 11, 12).

4. *Estas cosas os he dicho, para que cuando viniera la hora os acordéis de ellas,* “de suerte que por ellas creáis también las demás. Pues no podréis decir que, por adularos, solamente os dije lo agradable, ni que las mías eran palabras de engaño: que quien os quisiera engañar no había de deciros estas cosas que os podían apartar de sí. Os las he dicho, pues, de antemano, para que cuando sucedan no os turben cogiéndoos desprevenidos, y además, para que no digáis que Yo no las había previsto. Acordaos, pues, *que Yo os las dije*”.

Siempre, en efecto (los judíos), ponían al perseguirlos por pretexto el decir que los expulsaban como a falsarios. Mas esto no turbaba a los discípulos, que habían oído de antemano y sabían por qué padecían: pues bastaba para animarlos la causa de lo que les pasaba. Por esto (Cristo) se la repite en todas partes diciendo: *No me conocieron, y por Mí lo harán, y por mi nombre y por mi Padre* (Jo., XVI, 3; XV, 21). Yo padecí el primero. No se lanzan a eso por motivo justo.

VII

Esto pensemos también nosotros en las tentaciones, cuando sufriéremos algo de parte de los malos, poniendo la mirada en el capitán

y consumidor de nuestra fe (Hebr., XII, 2), y en que padecemos de parte de hombres perversos, y por la virtud, y por causa de El. Que si esto consideramos, todo nos será fácil y tolerable. Si padeciendo uno por personas amadas se complace en ello; si se padece algo por Dios, ¿qué impresión harán los trabajos? Porque si El llamaba gloria por nosotros a lo más ignominioso, como era la cruz, ¡cuánto más debemos nosotros estar en esta disposición de ánimo! Y si de este modo podemos despreciar los padecimientos, mucho más las riquezas y la avaricia de ellas. Conviene, pues, que cuando hayamos de sufrir algo desagradable, no pensemos en los trabajos, sino en las coronas. Así como los mercaderes no tienen en cuenta solamente los mares, sino también las ganancias de la navegación, así nosotros debemos pensar en el cielo y en la intimidad con Dios. Y si te parece sabroso el tener mucho, considera que Cristo no lo quiere, y al punto te parecerá desabrido. A su vez, si el dar a los pobres se te hace molesto, no pares la atención solamente en el gasto, antes inmediatamente traslada el pensamiento de la siembra a la siega. Y cuando te sea pesado el despreciar la concupiscencia de la mujer ajena, considera la corona del trabajo, y le vencerás con facilidad. Si el temor de los hombres aparte de las obras inconvenientes, ¡cuánto más lo hará el amor de Cristo!

Dura es la virtud, pero mirémosla como envuelta en la grandeza de las promesas de los bienes futuros. Los que son virtuosos, aun sin esto, la miran de frente como hermosa en sí misma, y por eso la ejercitan, y obran bien por agradar a Dios y no por premio: y tienen en grande estima la continencia, no para no ser castigados, sino porque Dios la mandó guardar. Pero si alguno es más débil, piense también en los premios.

Hagamos lo mismo tratándose de la limosna, y tengamos compasión de nuestros prójimos, y no despreciemos a los que se consumen de hambre. ¿Cómo no ha de ser absurdo que nosotros estemos sentados a la mesa en risa y placeres, y que al oír a otros gemir en las encrucijadas, ni aun siquiera nos volvamos a sus lamentos, antes no enfademos y los llamemos engañadores? ¿Qué dices, hombre? ¿Por un pan va uno a ponerse a engañar?— Si, responde.— Pues razón de más para compadecerte de él: razón de más para que le saques de su necesidad. Pero si no le quieres dar, tampoco le ultrajes: si no le quieres sacar del naufragio, a lo menos no le empujes al abismo. Porque considera, cuando hubieres arrojado de ti al pobre que se te

acercaba, quién será delante de Dios, qué fuerza tendrás cuando le pidas. Pues *con la medida con que midiereis*, dice, *se os medirá también a vosotros* (Matth., VII, 2). Considera cuán atribulado se va el pobre, cabizbajo, sollozando, después de recibir, además de la pobreza, la herida del ultraje. Que si el mendigar tenéis por maldición, no recibir mendigando, y salir tras eso ultrajado, mirad qué tempestad tiene que levantar. ¿Hasta cuándo hemos de ser semejantes a las fieras, y desconocer por la avaricia nuestra misma naturaleza? Muchos sollozan al oír estas cosas; mas no quiero que sólo ahora, sino siempre tengáis esta compasión. Considera aquel día en que nos hemos de presentar en el tribunal de Cristo: cuando pediremos que se nos tenga compasión, y sacándolos Cristo al medio, nos diga: “Por un pan y por un óbolo suscitasteis en estas almas tan grave tormenta”. ¿Qué diremos entonces? ¿Cómo nos defenderemos? Y que los ha de presentar allí, oye cómo lo dice: *Todo lo que no hicisteis a uno de éstos, ni a Mí me lo hicisteis* (Matth., XXV, 45). No han de ser ellos entonces los que nos hablen, sino Dios el que nos ha de reprender por ellos. Como también a Lázaro le vió el rico, mas Lázaro nada le habló, sino que Abraham tomó a su cuenta el defenderle. Así sucederá también a los pobres, que son ahora despreciados por nosotros. No los veremos ya tendiendo las manos, de aspecto miserable, sino en descanso y refrigerio; mas nosotros tomaremos entonces su aspecto, y ¡ojalá solamente el aspecto, y no, lo que es mucho más terrible, el suplicio! Que el rico allí no deseaba hartarse de las migas; sino que se sentía quemar vivo, y atormentar terriblemente, y oyó las palabras: *Recibiste los bienes en tu vida, y Lázaro los males* (Luc., XVI, 25). No creamos, pues, que son algo grande las riquezas: que no serán para nosotros sino camino del suplicio, si no ponemos atención: como, al revés, si atendemos, la pobreza se nos convierte en aumento de felicidad y descanso. Pues si con acción de gracias la sufrimos, dejamos los pecados, y alcanzamos grande confianza para con Dios.

VIII

No busquemos, pues, siempre el placer, para que allí gocemos placer: antes abracemos los trabajos de la virtud, cercenemos lo superfluo, y no busquemos otra cosa, sino gastemos toda nuestra hacienda con los necesitados. ¿Qué excusa tendremos, siendo así que el

nos promete el cielo, y nosotros ni siquiera le damos pan? ¿Cuando El hace salir por ti el sol y te presenta todo el servicio de la creación, y tú ni siquiera le das un vestido, ni le haces participar de tu techo? Y ¿qué digo el sol y la creación? Su propio cuerpo te puso delante, y te dió su sangre preciosa: ¿y tú no le das siquiera de beber? ¿Es que se lo diste ya una vez? Eso no es misericordia: siempre que, teniendo, no le socorras, no llenas todo tu deber. Así también las vírgenes tenían aceite en sus lámparas, pero no en abundancia. Porque razonable era, que aunque dieras de lo tuyo, no fueras tan parco: pero ahora una vez que das las cosas de tu Señor, ¿por qué eres mezquino? ¿Queréis que os diga la causa de tal inhumanidad? No es sino que los tales hacen su hacienda por medio de la avaricia, y son luego duros para la limosna: pues quien de esa manera gana, no entiende de gastar. ¿Cómo ha de ser, que quien así está dispuesto a robar, se incline a hacer lo contrario? El que lo ajeno coge, ¿cómo podrá dar a otro lo propio? Pero que se haya acostumbrado a gustar la carne, no sabrá guardar el rebaño: por eso a los tales los matan los pastores. Para que no nos suceda a nosotros lo mismo, abstengámonos de semejante manjar. Porque carne comen también esos tales que causan la muerte (de los pobres) por medio del hambre. ¿No ves con cuánta razón el Señor a todos nos dio las cosas comunes y de primera necesidad? Si permitió que entre los ricos hubiera pobres, hízolo así para consuelo de los ricos, para que por medio de la misericordia con aquellos pudieran despojarse de los pecados. Mas tú aun en esto eres cruel e inhumano. Por donde se echa de ver que si en las cosas mayores y de primer necesidad tuvieras la misma facultad, causaría innumerables muertes, y privarías aún de la luz y de la vida. Para que así no fuese, cerró la entrada por fuerza a la insaciabilidad de tales hombres. Si os duele oír estas cosas, mucho más me duele a mí el verlas.

¿Hasta cuándo (crees que) serás tu rico, y el otro pobre?— Hasta el caer de la tarde y nada más. Tan corta como eso es la vida y todo (lo venidero) está a las puertas, de suerte que todo lo de acá se puede reputar por una breve hora. ¿Para qué quieres despensas que rebosen, y muchedumbre de esclavos y sirvientes? ¿Por qué no tienes más bien, a millares, pregoneros de tus limosnas? Las despensas no dejan oír su voz, antes excitan la codicia de muchos ladrones; pero las limosnas depositadas en los pobres subirán hasta el mismo Dios, te harán dulce la presente vida, anularán todos tus pecados y te acarrearán gloria ante Dios y honor ante los hombres. ¿Por qué, pues, te has

de escatimar a ti mismo tantos bienes? Pues no son ellos, sino tú, principalmente, quien saldrá ganando cuando les hagas beneficios: a ellos los remediarás en las cosas presentes, pero depositarás de antemano para ti mismo la gloria venidera y la confianza con Dios: la cual ojalá todos nosotros alcancemos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por todos los siglos. Amén.

HOMILIA LXXVIII

TEXTO DEL EVANGELIO:

Cap. XVI, v. 4. Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5. Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.

7. Mas Yo os digo la verdad: os conviene que Yo me vaya: porque si Yo no me fuere, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me fuere, os le enviaré.

8. Y cuando El viniere, argüirá de pecado, y de justicia, y de juicio. 9. De pecado, porque no creen en Mí. 10. de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis. 11, y de juicio, porque el príncipe de este mundo queda ya juzgado.

12. Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no las podéis llevar ahora. 13. Mas cuando viniere El, que es el Espíritu de la verdad, os conducirá a toda verdad: porque no hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere eso hablará, y os anunciará las cosas por venir. 14. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. 15. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije que de lo mío tomará, y os lo anunciará.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. La tristeza es útil tan sólo para quitar el pecado. Cristo corrige la de sus discípulos. Expónense los vv. 4, 5, 6.

II. Consuela el Señor a los discípulos, poniéndoles delante la utilidad de su partida para que viniera a ellos el Espíritu Santo. De aquí se infiere la divinidad del Espíritu Santo, pues de lo contrario no podrían consolarlos en la ausencia del Hijo (v. 7). Expónense los versículos siguientes 8-11.

III. Igualdad del Hijo y del Espíritu Santo. Expónense los vv. 12-15.

IV. El Espíritu Santo requería preparación para venir al mundo. El Hijo quiere hacer por el Espíritu Santo lo que podía hacer por sí mismo, como el Padre hace las cosas por medio del Hijo. La Santísima Trinidad: distinción de tres Personas y unidad de naturaleza. Otras pruebas de la divinidad del Espíritu Santo. Las tres divinas Personas tienen una misma y única voluntad.

V. Cristo Nuestro Señor quiere que también nosotros tengamos unidad moral de caridad. Fuerza que da la concordia. Responde a una objeción contra los solitarios. Los cristianos se abrazaban en la celebración del Santo Sacrificio en prueba de caridad. Oraciones de la Iglesia por todos.

I

Cap. 16, v. 4. Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5 Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ningun-

no de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.

Grande es la fuerza de la tristeza, y mucha fortaleza nos es necesaria para que podamos resistir a esta pasión generosamente, y aprovechando lo bueno de ella, dejemos lo inútil: porque tiene también su parte de utilidad. Cuando pecamos, o nosotros u otros cualesquiera, entonces, y sólo entonces, es bueno entristecerse: cuando incurrimos en infortunios humanos, entonces la tristeza es inútil.

Ya, pues, que los discípulos, todavía imperfectos, eran vencidos de ella, mira cómo Cristo los corrige reprendiéndolos. Ellos, que antes de ahora le preguntaban mil cosas —como cuando le decía Pedro: *¿Adónde vas?*, y Tomás: *No sabemos a dónde va, y ¿cómo podemos saber el camino* (Joann., XIII, 36; XIV, 5), y Felipe: *Muéstranos a tu Padre* (Joann., XIV, 8),— ahora los mismos, después de oír: *Os echarán de las sinagogas, y os aborrecerán, y quien os de muerte, pensará hacer un servicio a Dios* (Joann., XIV, 15-19; XVI, 2), quedaron tan abatidos, que estaban mudos, sin dirigirle una palabra. Y él, echándose en cara, les decía: 4. *Estas cosas no os las dije al principio, porque estaba con vosotros. 5. Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? 6. Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.* Porque pesada cosa es el exceso de tristeza, pesada y precursora de la muerte. Por eso decía San Pablo: *No suceda que él (el fornicario) sea absorbido por el exceso de la tristeza* (2 Cor., II, 7).

Estas cosas, dice (Cristo), *no os las dije al principio.* Y ¿por qué no las dijo al principio? Para que nadie diga que hablaba por conjeturas de lo que muchas veces sucede. Y ¿por qué emprende un asunto de tan grave dificultad? “Yo, dice, bien sabía estas cosas también al principio, y el no decirlas no fue porque no las sabía, sino *porque estaba con vosotros*”. Habla así a lo humano, como si dijera: Porque estabais seguros, y podíais preguntarme cuanto queríais, y toda la guerra se revolvía contra Mí, y así era inútil deciros estas cosas desde el principio.— Pero ¿es así que no se las dijo? ¿No llamó a los doce y les habló de este modo: *Seréis llevados a la presencia de presidentes y reyes, y os azotarán en las sinagogas?* (Matth., X, 18, 17). ¿Cómo, pues, dice ahora *no os las dije al principio?* Porque si bien les predijo azotes y arrestos, mas no que su muerte sería tan deseada que se tuviera por un obsequio hecho a Dios; lo cual era más que nada suficiente para llenarlos de terror, dado que habían de ser juzgados

como impíos y corruptores. Además se ha de añadir que allí les dijo lo que habían de sufrir de parte de los gentiles, más aquí agregó también lo que les vendría de los judíos, y con mayor ponderación, y como cosa que estaba a las puertas.

5. *Mas ahora voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros dice: ¿Adónde vas?* 6. *Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón.* No era poco consuelo para ellos aun este de saber que El conocía el exceso de su tristeza. Porque la fuerza del dolor por la soledad de su ausencia y por los males que les habían de sobrevenir (pues ni aun sabían si podrían llevarlos varonilmente), los había sacado de sí mismo.— Pero ¿por qué motivo no se lo dijo más tarde, cuando se dignó bajar a ellos el Espíritu Santo?— Para que entiendas que eran firmes en la virtud. Puesto que si aun antes de recibir el Espíritu Santo no le abandonaron por completo, aunque abrumados de tristeza, considera qué llegarían a ser recibida aquella gracia...

II

7. *Mas Yo os digo la verdad.* Mira cómo de nuevo los consuela. No os hablo, dice, para daros gusto, sino que, por mucho que os duela, debéis oír lo que os conviene. Vosotros deseáis que permanezca con vosotros; mas otra cosa os conviene. Y propio es de quien tiene solicitud de otros, no perdonar a los amigos, tratándose de su bien, ni apartarlos de lo que les aprovecha.

Porque si Yo no me fuere, dice, *no vendrá el Paráclito.* ¿Qué dicen a esto los que no sienten bien del Espíritu Santo? ¿Es útil que se vaya el Señor y que venga el siervo (si, según ellos, el Espíritu Santo es siervo, por ser criatura)? ¿Ves cuán grande es la dignidad del Espíritu Santo? *Pero si me fuere, os le enviaré.*— Y ¿qué utilidad se seguirá de aquí?— 8. *Cuando El viniere, argüirá al mundo;* esto es, no harán impunemente las cosas dichas, cuando El haya venido. Porque bastaba lo hecho hasta ahora para taparles la boca; pero cuando también por el Espíritu Santo se obre lo mismo y tengan lugar las enseñanzas más perfectas y milagros mayores, serán con mucho mayor motivo condenados, al ver tales maravillas hechas en mi nombre; todo lo cual hace más evidente la prueba de mi resurrección. Porque ahora pueden decir: Es el hijo del artesano, y nosotros conocemos a su

padre y a su madre; pero cuando vean la muerte destruida, la maldad desterrada, la torcida naturaleza enderezada, los demonios expulsados y la inefable largueza de dones hechas por el Espíritu Santo, y todo ello a la invocación de mi nombre, ¿qué dirán? Testimonio dio acerca de mí el Padre, y testimonio dará también el Espíritu. Y si bien es cierto que dio testimonio también al principio, mas lo dará también ahora.

Y aquellas palabras *argüirá de pecado*, significan: Les quitará toda excusa y hará ver que su culpa no merecía perdón. 10. *Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis*: quiere decir (argüirá) de que hice vida intachable, y prueba de ello es que voy al Padre. Puesto que como siempre le acusaban de que no era de Dios, y por eso le llamaban pecador e inicuo, dice que les quitará también este pretexto. Porque si el creer ellos que no soy de Dios me hace (en su opinión) inicuo; cuando el Espíritu Santo haga ver que fui allá, y no para un instante, sino para permanecer allí (pues esto da a entender con las palabras (*ya no me veréis*) ¿¿qué podrán decir? Mira la per-versa opinión destruida por estas dos cosas: porque ni el hacer milagros es propio de un pecador (pues no puede un pecador hacerlos), ni el estar con Dios ²¹ por siempre es tampoco de pecadores. Luego ya no podéis decir: Este es pecador y no es (o viene) de Dios.

11. *Y de juicio, porque el príncipe de este mundo queda ya juzgado*. Aquí habla otra vez de la justicia, porque derrotó al adversario; y no le hubiera derrotado si fuera pecador, pues ni aun un justo de entre los hombres lo hubiera podido hacer. Y que por Mí fue condenado, lo verán los que le han de pisotear en adelante, y han de ver manifiestamente mi resurrección; lo cual es condenarle, porque (se evidencia que) no pudo detenerme en su poder. Pues como ellos decían que estoy endemoniado y soy seductor, se demostrará después de esto que tales acusaciones eran fútiles. Porque no le hubiera Yo expulsado (al demonio), si fuera reo de pecado; mas ahora ha sido condenado y echado fuera.

III

12. *Todavía tengo muchas cosas que deciros, mas no las podéis llevar ahora*. Así, pues, conviene que Yo me vaya, porque entonces las podréis llevar, cuando Yo me haya marchado. Pues ¿cómo? ¿Es

acaso el Espíritu Santo mayor que tú, dado que ahora no las llevamos, y El nos dispondrá para llevarlas?¿Es acaso mayor su eficacia y más perfecta?— No es así: y la prueba es que El dirá lo mío. Por eso dice: *13. Nada hablará de sí mismo, sino que cuanto oyere, eso hablará, y anunciará las cosas por venir. 14. El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo anunciará. 15. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son.* Como habían dicho: El os enseñará y os hará recordar, y os consolará en las tribulaciones, lo cual no había hecho por sí mismo; y *os conviene que Yo me vaya y que venga El, y: Ahora no lo podéis llevar, pero entonces lo podréis, y: El os conducirá a toda verdad;*— para que al oír estas cosas no juzgaran que el Espíritu Santo era mayor que El y cayeran en la mayor impiedad, por eso dijo: *De lo mío tomará:* esto es: Lo que Yo dije, eso dirá también El. Y cuando dice: *Nada hablará de sí mismo*, (o de su cosecha), significa, nada dirá ni contrario a lo mío, ni particular, que no sea mío. Por consiguiente, así como al decir (Cristo) acerca de sí mismo: *No hablo de mí mismo* [de mi impulso] (Joann, XIV, 10), quiere decir: Nada hablo fuera de lo del Padre, ni peculiar que no sea de El, ni ajeno a El;— así también se ha de entender lo mismo del Espíritu Santo. Y las palabras *De lo mío*, quieren decir, de lo que Yo se, de mi saber. Porque uno mismo es mi saber y el del Espíritu Santo. *Y os anunciará lo por venir.* Con esto levantó sus ánimos: pues de nada tiene tanta codicia la naturaleza humana como de saber lo venidero. Así es que continuamente le preguntaban: *¿Adónde vas?* *¿Cuál es el camino?* Para librarlos, pues, de este cuidado les dice: Todo os lo anunciará, para que no deis en ello desprevenidos.

14. El me glorificará. ¿Cómo? En mi nombre hará milagros. Porque como habían de hacer mayores milagros después de la venida del Espíritu Santo, por eso de nuevo, para hacer ver la igualdad, dice: *El me glorificará.* Y cuando dice *toda verdad*, ¿de cuál habla? (pues da también testimonio de que nos conducirá a toda verdad). Era que el, por estar revestido de carne, y por no parecer que hablaba acerca de sí mismo, y porque todavía ellos no entendían claramente la resurrección y eran más imperfectos, y por causa de los judíos, para que no pareciera que les castigaban como a transgresor, a menudo nada grande decía de sí mismo, ni se desviaba abiertamente de la ley. Y como los discípulos estaban separados de ellos, y ellos ya fuera (de la Iglesia), y muchos habían de creer y recibir el perdón de los pecados, y